



# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Suscripcion en favor de la Sra. D.<sup>a</sup> María Josefa Zapata.—  
Una página de la historia de Asturias.—A mi querido  
amigo Diego Cisneros en el acto de tomar la investidura  
de licenciado en la Facultad de medicina; soneto.—  
Magdalena.—Madrigal; poesia.—Los Bienaventura-  
dos.—Explicacion del pliego de dibujos.—Advertencia.

## SUSCRICION

en favor de la Sra. D.<sup>a</sup> María Josefa Zapata.

Suma anterior.	733
D. Mariano de la Orden y Oñate.	40
Un admirador de la interesada.	6
D. N. N.	40
D. <sup>a</sup> María Olcina.	4

Suma. 763

(Se continuará.)

Debiendo quedar cerrada esta suscripcion en uno de los próximos números, rogamos á los señores que tengan ánimo de mandar algun socorro á la interesada lo verifiquen cuanto antes, porque despues no podrán insertarse sus nombres.

## UNA PÁGINA

DE

## LA HISTORIA DE ASTURIAS.

POR NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

«¿Qué mirais aquí, buen conde?  
Conde, ¿qué mirais aquí?  
Decid si mirais la danza  
O si me mirais á mí.»

«Miro yo vuestra lindeza  
Que me hace penar á mí.»

(Romance del conde D. Martin.)

«El que nunca igual halló  
En esfuerzo y valentía.

Este príncipe potente  
Que á los gigantes vencía,  
Un niño le sujetó.»

(Romance del caballero del Febo.)

## I.

Era una de las más bellas noches del otoño de 1112. Sobre un velo azul en que se bordaba la luna en toda su majestad, rodeada de mil y mil estrellas, se destacaban las altivas cumbres de los montes que circundan la coronada ciudad de Oviedo, y las torres bizantinas de sus mo-



nasterios y palacios. Las campanas de la celebrada catedral, que mereció el renombre de *Santa* (1) entre todas las de España, con su alegre clamoreo anunciaban un fausto acontecimiento. Mas no era esta sola señal de regocijo, la que mostraba la severa corte asturiana. Viejas banderas, que recordaban cien combates gloriosos, flotaban en los almenados torreones de sus fortalezas y en las casas de los nobles. Los balcones se veían cubiertos de ricos paños, y antorchas sin cuento derramaban torrentes de luz. Las angostas y tortuosas calles que conducían al palacio de San Juan, tapizadas con yerbas odoríferas, eran recorridas por numerosas cuadrillas de juglares y trovadores, que vistosamente engalanados y al son de cítaras, flautas y laudes, entonaban cántigas de amor y guerra. En el centro de las plazas brillaban grandes fogatas, en torno de las que los jóvenes aldeanos ejecutaban la danza guerrera de los antiguos cántabros y astures (2). Todo en fin respiraba alegría, pues se aguardaba por momentos á la hermosa Urraca, reina de Asturias, de Leon, de Castilla, de Galicia y de Toledo, que huyendo de las huestes de su segundo esposo Alfonso el Batallador, recientemente vencedor en Viadangos y en Sepúlveda, venía á Oviedo en busca del refugio que le ofrecieran el valor y la lealtad de los asturianos, siempre prontos á defender á sus reyes y la libertad é independencia de su país. Urraca acaudillaba una numerosa comitiva compuesta de damas, caballeros de gran valía, cubiertos de relucientes armas, y prelados, ginetes en mulas, y vestidos con cumplidas túnicas violadas y roquetes de finísimo lino. Aunque la reina careciese ya del brillo y frescura de la edad primera, la perfección de sus facciones pintadas por la mano del amor, su mirada de águila, el color brillante de su tez morena y aterciopelada, sus negros y sedosos cabellos y su presencia, en fin, noble y majestuosa, la designaban como la más bella de las castellanas. Empero dotada de carácter altivo y varonil, hubiera aterrado á más de un caballero, si una rara libertad de pensamientos y una coquetería impávida no encadenasen á sus pies mil rendidas voluntades.

Figuraban en el cortejo de la hermosa soberana, su declarado amante el conde D. Pedro de Lara, que sucediera en la posesión de su

corazón al conde D. Gomez Salvadores de Candespina, y con quien, según las hablillas de los cortesanos, se había desposado secretamente; el fastuoso obispo de Compostela, don Diego Gelmirez, y el infante su hijo, *Alfonsito Raimundez*, tierno doncel á la sazón, á quien la historia guardaba tan esclarecido renombre.

Los próceres de Asturias, guiados por el merino Fernando Diaz y el obispo de Oviedo, D. Pelayo el *Cronista*, formando un lucido escuadrón, en el que brillaba el oro y la pedrería, salieron en busca de Urraca á gran distancia de la ciudad. Distinguióanse, entre otros de menor nombradía, el conde de Luna, D. Suero Vistrario, señor de Salas, descendiente del infortunado Sancho Diaz de Saldaña, y restaurador del monasterio de Cornellana; su hermano Gutierre-Bernaldo, progenitor de la celebrada familia de Quiros; Pedro Alfonso de Cangas, deudo de los anteriores, conde de Babia y Tineo, y más adelante alférez real y fundador del monasterio de Belmonte; el viejo conde D. Pedro Diaz de Aller y sus tres hijos, Rodrigo Alvarez, señor de las Omañas, Pero-Perez, rico-home y progenitor de la familia de Avilés, fecunda en héroes, y Nuño Perez de Quiñones, que fué cuarto maestre de Calatrava; D. Pelayo Pelaez, señor del Páramo de la Foceya, sobrino de Martin Pelaez, el famoso compañero del Cid, cercano deudo de la Reina y progenitor de los Florez y Pelaez; y, finalmente, su hijo Gonzalo Pelaez, muy joven entonces, pero que ya tiñera su espada en sangre mora, y que descollaba entre los otros donceles de la nobleza, como el ciprés entre los humildes arbustos de la selva.

Llegó por fin la Reina, y fué recibida con sinceras aclamaciones por el leal pueblo ovetense.

Por su altiva belleza, y la gallardía con que manejaba su blanca hacanea, se revelaba en ella á la soberana de cien pueblos, á la heredera de los reyes, aún mejor que por el muy galano traje de brocado, ceñido á su cuerpo por una cota de tupidas mallas y por la diadema de oro y pedrería que cubría su cabeza, envuelta también en blanquísimos cendales.

El estenso palacio de San Juan, noble morada de Alfonso el Magno, se aderezara dignamente para albergar á la ilustre huésped. Tapicerías de gran valor, fabricadas en Damasco y despojos de antiguas batallas, ganadas á los sarracenos, cubrían las paredes del inmenso salón bizantino, en cuyos extremos se veían dos grandes pebeteros de plata, en los que algunas esclavas moras, vestidas á la usanza de su país, quemaban los más preciados perfumes.

En el centro de aquella espaciosa estancia se alzaba el trono, compuesto de un rico escano y de un pabellón que lo cubría, decorándole

(1) Según el elogio que vulgarmente se hace de las cuatro principales iglesias de España, es *Santa* la de Oviedo, *Rica* la de Toledo, *Hermosa* la de Leon, y *Fuerte* la de Santiago. (Carballo, Mariana, Mendez Alva y otros.)

(2) Llámase *danza prima*, y era en lo antiguo un pasatiempo guerrero ó ejercicio gimnástico, más bien que un baile.



á uno y otro lado dos manoplias, que contenian las viejas armas de los belicosos reyes de Astúrias, y sus gloriosas banderas azules, en las que brillaba la cruz de la victoria. Asentados allí Urraca y su hijo, recibieron con el beso de la mano, el homenaje de amor y respeto de sus vasallos.

Una de las primeras damas que se acercaron á la Reina, fué la muy noble y poderosa doña María Ordoñez, esposa del conde D. Pedro Diaz, señora de grandes Estados en Allér y la Liébana, y parienta de la familia real. Con timidez seguian sus pasos tres niñas, hijas suyas, llamadas Munia, Sancha y Gontroda. Esta, que era la mayor, aunque apenas llegaba á quince años, era de peregrina hermosura. ¿Dónde se vió, como en ella, reunidas la inocencia y la beldad, la modestia y gentileza? ¿Quién pintó jamás ojos de azul tan bello, labios de carmin tan puro, cabellos de oro mate más luengos y finos? ¿Quién dibujó talle más esbelto? ¿Quién, en fin, reunió tantas perfecciones á la vez? Gontroda era la más bella de las hijas de Astúrias. Al mirarla el joven príncipe, sintió instantáneamente arder en su alma el amor más violento que agitára jamás á un corazón. Por desdicha fué simpática aquella llama; y Gontroda, que guardaba en su pecho virginal inmenso tesoro de amor y de ternura, prodigóle indiscreta al bizzarro mancebo, destinado á llevar un día la corona de Leon y de Castilla. Cual la paloma inocente, amó sin rebozo, con la fé y la lealtad con que se ama tan solo la vez primera. También los juramentos de Alfonso eran por entonces sinceros; mas la fortuna no sonrió á la bella hija de Pero-Diaz; y aquel momento, que creyó la aurora de su ventura, fué el comienzo de un río de lágrimas que debía marchitar sus bellos ojos.

No terminaron los populares regocijos: era el día siguiente al de la entrada de Urraca en Oviedo. Ante el palacio de San Juan estendíase la espaciosa plaza destinada para los juegos de valor y destreza, que los árabes y los caballeros franceses que vinieran á tomar parte en la guerra santa bajo los pendones de Alfonso el Bravo, introdujeran en nuestro país en cambio de los rudos ejercicios de fuerza que servian de solaz á los descendientes de los agrestes vencedores de Covadonga.

A uno y otro lado de la morada real, construyéranse graderías cubiertas de alfombras, destinadas á las familias nobles. Las damas vestían suntuosos trajes, compuestos de dos túnicas sobrepuestas de distintos colores, la una ceñida, y muy holgada la otra, y con anchísimas mangas, y en la cabeza cierto adorno, hecho de finísimo lino y plegado en forma de concha, llamado *caramiello*, que hacía sonreír

á las camareras ó *cubicularias* de la Reina, por anticuado. Distinguíanse las viudas por sus luengas tocas y el color oscuro de sus túnicas.

Los hombres vestían calzas ajustadas y sayo corto con anchas mangas, al que estaba unida, cayendo por la espalda, una capilla ó capucha que remataba en punta. Algunos llevaban el traje de guerra, compuesto de menudas mallas y de un sencillo yelmo, pero todos usaban anchas espadas.

Hubo lidia de toros, carreras de parejas á caballo y juego de lanzas.

Los hidalgos y ricos-homes que tomaron parte en la justa, cabalgaban en corceles ricamente enjaezados, que por sus brios, agilidad y belleza, mostraban descender de la antigua raza de los famosos *asturcones*, que en tanta estima tenían los romanos (1). Ostentáronse en aquel día memorable muestras mil de fuerza, valor y gentileza; mas el esforzado Gonzalo Pelaez, esposo destinado á la sin par Gontroda, logró aventajar á todos los valientes paladines que allí concurrían, arrebatando el disputado premio, que era una riquísima cadena de oro y piedras preciosas, de la que pendía cierta miniatura de la Virgen, de vivos colores, pero bárbaramente dibujada, obra maestra de cierto moro cordobés, domiciliado en Oviedo, famoso oribe, y de un monje de Obona, de rara habilidad para la iluminación.

Con altivo ademán, y sin cuidarse de los ruidosos aplausos de la muchedumbre, llegó el afortunado Gonzalo á los pies de la Reina, recibió de su mano la preciada joya, y corrió á ofrecerla á Gontroda, que con otras doncellas se ocultaba modestamente tras las graves matronas de la nobleza asturiana. Estendía ya negligentemente su blanca mano para recibir la rica prenda, cuando el príncipe corrió presuroso á detener á Gonzalo, diciéndole con airado tono:

—Primo, aún no podeis disponer de esa joya; quiero disputárosla; justo es que el heredero del trono rompa hoy una lanza en honor de las damas.

Una mirada terrible, que encerraba todo un infierno de odio y de celos inestinguibles, fué la respuesta de Gonzalo. En breves instantes se vió á los nuevos rivales correr á toda brida uno al encuentro del otro: quebráronse tres lanzas sin decidirse la victoria; mas á la cuarta carrera, Gonzalo Pelaez rodó por la arena; y Alfonso, con la rapidez del rayo, echó pié á tierra, corrió á quitarle la cadena que al cuello llevaba, y la presentó á Gontroda.

(1) Marcial de Asturionibus.—En Roma, para elogiar un caballo, se le llamaba *asturcon*, es decir, se comparaba con los que se criaban á la sazón en Astúrias, de admirable agilidad y gallardía.



Gonzalo, alzándose del suelo, sostenido por sus escuderos, dijo con rabioso acento:

—Yo te juro, príncipe soberbio, ser tu mortal enemigo.

Doña Urraca pareció resentirse de que su hijo hubiese tomado parte en el torneo sin pedirle vènia, y que ofreciese á otra el premio del vencedor, y se retiró, seguida de sus cortesanos, sin aguardar á la fiesta de los cerdos (1), con que los villanos se solazaban en la misma arena en que acababan de justar los caballeros.

(Se continuará.)

A mi querido amigo Diego Cisneros, en el acto de tomar la investidura de licenciado en la Facultad de Medicina.

SONETO.

Llegaste ¡oh Diego! á la elevada altura:  
Largo el camino fué: rudo el anhelo:  
Mas si el águila tiende audáz el vuelo,  
Asombro es de los orbes su bravura.

Ciña tu sien, donde el saber fulgura,  
El láuro hallado en perennal desvelo;  
Y cuando eleves tu mirada al cielo  
Verás que Dios se asocia á tu ventura.

La humanidad que sufre, en voz doliente  
Su pena exhala con sentir profundo:  
Inflama tu alma en caridad ardiente;

Que el bien que el alma dá no es infecundo,  
Y es grande recibir en nuestra frente  
Las bendiciones que la ofrece el mundo.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

## MAGDALENA.

(Continuacion.)

Mme. Poliuti era viuda de un sábio, un gran químico que, menos dichoso que Franklin, habia muerto tratando de detener el rayo por medio de un nuevo procedimiento. Las experiencias que hacía en otro tiempo en el pabellon, hoy solitario, de su viuda, le valieron la

(1) Esta bárbara diversion consistia en soltar uno ó más de estos animales en un lugar cerrado, donde algunos, ciegos, armados con palos, les seguian por el gruñido hasta lograr matarlos, siendo el galardón del que lo conseguia, la propiedad de la pieza. Fácil es conocer que estos ciegos se herian y maltrataban unos á otros.

reputacion de brujo entre los supersticiosos habitantes del país. Los paisanos suponian el pabellon visitado por los malos espíritus. Despues de la muerte del sábio, Mme. Poliuti heredó el ódio que se tenia á su marido. Huian cuando pasaban por delante de su morada, persuadiéndose cada cual que la vista de la pobre anciana era de mal agüero. Esta indiferencia, ó más bien esta repulsion de que era objeto, cambiaron mucho el carácter de madame Poliuti. Hacía muchos años que vivia sola, distante de toda sociedad, con una parsimonia, una avaricia, que habia concluido de granjearla la reprobacion general.

Julian resolvió por fin sorprender á Magdalena infraganti delito de beneficencia. En su consecuencia partió para el pabellon solo un cuarto de hora despues del almuerzo. Calculaba que al llegar á casa de la ciega, apenas haria cinco minutos que estaba allí Magdalena.

Al verle, ó más bien al adivinarle, la anciana soltó una carcajada presumiendo su objeto.

—Os proponíais jugarme una mala partida, mi jóven amigo,—le dijo,—y seguramente no os portais muy bien, impidiendo tal vez el venir á Magdalena. Os quiero mucho, pero la prefiero á ella, no os lo ocultaré. En fin, vuestro ardid no os ha salido bien, porque Magdalena se ha marchado ya. Si he de decir la verdad, no ha hecho sino dar un vistazo porque vá esta noche al baile, y ¡caramba! se conoce anda ocupada con su toilette. Luisa la ha ayudado á cojer camelias blancas y granadas, pues parece que estas flores son de moda, y que aún habia bastantes para formar un elegante ramillete.

—¡Estoy atónito!—pensó Julian,—ó corre con la velocidad de una sílfide ó no es ella.

—Pero, señora,—repuso en alta voz,—sin duda conoceréis el nombre de familia de Magdalena.

—Amigo mio, ni nunca me lo ha dicho ni he pensado en preguntárselo, porque á la verdad me tiene sin caidado; para mí es Magdalena, la persona que más amo en el mundo y....

Aunque titubeó si acabaría lo que iba á decir, Julian absorto en sus pensamientos no reparó en esta vacilacion; recordaba en aquel mo-



mento que toda la sociedad de Feuillées iba aquella noche al baile que daba un rico propietario de Samer, el pueblo que habia más próximo al castillo.

—Yo veré,—decia,—si el ramillete de Magdalena se compone de granadas y camelias blancas.

A pesar de esto, Mme. Poliuti parecia tener gran deseo de terminar su frase.

Apercibiéndose de que Julian no la solicitaba para concluir, le dijo de repente:

—Amigo mio.

—¿Qué deseais, señora?

—¿Sabeis lo que desearia?—preguntó ella.

—¿El qué, señora?—respondió Julian siempre preocupado.

—Pues bien, os deseo una mujer dulce y buena como Magdalena.

#### IV.

—¿A que no adivinais la visita que he recibido hoy en tanto que habeis estado en paseo?—preguntó Mme. Louvet á sus huéspedes á la hora de comer.

—Vamos, habla de una vez,—dijo Mr. Mercier,—porque son tu manía los enigmas.

—He visto una señorita encantadora, y á su hermano jóven no menos apreciable, los he reclutado para nuestra pequeña quinta.

Me confundes Rosalía.

—¡Ah!—dijo ella con aire de triunfo,—no quiero impacientar á mis amables convidados; así es que voy á nombrar en seguida á Mr. Alfredo Bonneville y su hermana.

Esta noticia ocasionó al parecer un vivo placer á todo el mundo, porque cada cual recordaba los buenos modales de los hijos del antiguo abogado de Mme. Louvet. Solo la frente de Magdalena se oscureció.

—Creia que Mlle. Bonneville habitaba en Rennes;—interrogó Mr. Morot, padre de Leontina, un rico de quince á veinte mil francos de renta y el amigo más antiguo de Mr. Mercier.

—Sí,—respondió la castellana;—pero posee una pequeña quinta en l'Artois que dista poco des Feuillées, y ha venido segun me ha asegurado con intencion de fijarse en ella. En adelante habitará en el campo permaneciendo en casa

de su rentero, de la cual solamente ocupa dos habitaciones.

—Esto se llama condenarse desde bien jóven á la soledad,—hizo notar el marqués de Lalande.

—Entra en sus proyectos de economía,—replicó Mme. Louvet;—pero no por ella, pues á ser verdad lo que me han dicho de Mlle. Bonneville, no habria elogio suficiente para ensalzar su conducta. Segun dicen, solo la preocupa la idea de asegurar la dicha de su hermano, y parece que Mr. Alfredo piensa comprar un estudio de notario en París.

—¡Diablo!—dijo Mr. Mercier,—el estudio más modesto en la capital no vale menos de tres á cuatro mil francos.

—Mlle. Bonneville quedó huérfana á los quince años, y la única proteccion de su jóven hermano y de una hermanita que educó con el desvelo de una madre y que tuvo el sentimiento de perder hace dos años; todavía me hablaba hoy de esta hermana querida, pretendiendo que se parecia á mi sobrina, y parece no ha podido consolarse de su muerte.

Distrajo á Julian de la atencion que prestaba al relato de Mme. Louvet el murmullo de las risas y cuchicheos de Magdalena con su amiga Leontina. La actitud de Mlle. Mercier en aquel momento tenia algo de impertinente y tan sumamente fuera del lugar, que Julian experimentó un oculto movimiento de cólera contra esta jóven tan mal educada.

A pesar de esto, Mme. Louvet acostumbrada ya á las maneras de su sobrina, á la cual no tenia intencion de reprender, continuó su conversacion.

—Mlle. Bonneville era una verdadera madre para sus hermanos, y por esta razon rehusó cuantos ventajosos partidos se le proporcionaron para casarse. Hoy esta excelente jóven vá siendo ya viejecilla y no tiene la fortuna de casarse.

—¿Y por qué nó, señora?—interrumpió Julian, arrojando sobre Mlle. Mercier una mirada de descontento que no fué dueña de reprimir.

Magdalena comprendió esta mirada; pero muy distante de aprovecharla, cambiando de maneras creyó ofendida su vanidad, y solo



halló algunas palabras mordaces para responder indirectamente á la tácita lección de Julian.

—Querida tia,—dijo conteniendo apenas al parecer la sarcástica sonrisa que asomaba á sus lábios;—hubieras hecho muy bien en rogar á Mlle. Bonneville permaneciese hoy á comer con nosotros. La presencia de nuestro respetable decana, ciertamente nos habria vuelto razonables á Leontina y á mí, iluminando sin duda alguna las fisonomías que nuestra alegría tiene el arte de oscurecer.

La buena educacion selló los lábios del conde de Lalande.

Se separaron despues de la comida, ocupándose las mujeres de los preparativos de su tocador, porque segun recordarán nuestros lectores tenían que ir aquella noche al baile.

Julian se paseaba solo en el parque, siendo presa de la más viva agitación.

—No,—decia él;—Magdalena no es capaz de cumplir hace algunas semanas las caritativas visitas que le atribuyo; con semejante carácter es imposible sea el ángel consolador de quien habla con tanto entusiasmo la pobre ciega.

Finjó una indisposicion con el objeto de que no contasen con él para el baile de Samer. Mas hé aquí, que en el momento en que las señoras iban á subir al carruaje, Julian se encontró casualmente con Magdalena que bajaba por la escalera principal del castillo, con un magnífico ramillete de camelias blancas rodeadas de un borde de granadas.

Una vez más modificó su opinion con respecto á la jóven.

—El ramo que fué á buscar la Magdalena de Mme. Poliuti en su invernadero, tambien se componia de camelias blancas y granadas... pensó él.

Al día siguiente por la mañana, mucho tiempo antes de la reunion de los convidados del castillo en el comedor, estaba Julian con los codos apoyados en su ventana mirando maquinalmente al patio principal, sobre el cual daba su habitacion. De repente vió entrar por la verja del patio á Mlle. Bonneville sola.

La jóven de treinta años llevaba sobre su sombrero un espeso velo que ocultaba su dulce rostro. Su andar parecia indeciso, y sus pasos

se amortiguaban conforme se iba acercando al edificio. En fin, como si de repente tomase una resolucion heroica, se dirigió casi corriendo hácia la puerta y entró en el castillo.

—¿Para qué buscará tan temprano á madame Louvet?—pensó el conde de Lalande.

Al cabo de algun tiempo apercibió de nuevo á Mlle. Bonneville á quien acompañaba la dueña del castillo hasta la verja. Llevaba el velo levantado y al saludar á la castellana por última vez, notó Julian que tenia el semblante sumamente animado.

Durante el almuerzo se encargó Mme. Louvet de no dejar al conde mucho tiempo entregado á sus conjeturas sobre la visita de Mlle. Bonneville.

—¡Hé aquí una adorable criatura!—esclamó.—Figuraos que para ayudar á su hermano á comprar la plaza que desea, se despoja de casi toda su fortuna, condenándose á vivir siempre en el campo, puesto que solo se reserva mil doscientos francos de renta. A pesar de esto, no basta su sacrificio. Mlle. Bonneville me suplica preste á su hermano una suma de cien mil francos que le es absolutamente necesaria, afirmando que si Mr. Alfredo no encuentra esta suma de aquí á unos días, se verá obligado á rescindir la compra ya casi ajustada en París, y en la precision de pagar una fuerte suma por desdecirse; perderá su porvenir, y su hermana se sacrificará inútilmente por él. Mr. Alfredo se obliga á reembolsarme en diez años sirviéndome el interés de un seis por ciento. Nada me sería tan fácil como complacer á estos jóvenes; pero como para esto tendria que echar mano de lo que reservo con el objeto de aumentar el dote de mi sobrina,—añadió sonriendo;—he rogado á Mlle. Bonneville, me deje consultarlo contigo, Mr. Mercier, pues aun cuando esto no deba descomponer gran cosa tus planes...

(Se continuará.)

JOAQUINA DE CARNICERO.

MADRIGAL.

Ayer juróme Elisa que me amaba,  
Y como imagen de su amor sincero  
Me dió una flor... ¡emblema verdadero



Del tierno y puro amor que me juraba!  
Yo así me lo creí; pero ahora creo,  
Cuando temo su olvido,  
Que es mayor, según veo,  
De su amor y la rosa el parecido.  
¡Pues del amor para olvidarse aguarda  
Cuanto la flor en marchitarse tarda!

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

## LOS BIENAVENTURADOS.

### CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

#### CUADRO I.

#### Los pobres de espíritu.

(Continuación.)

#### XIV.

Alejo estuvo á pique de volverse loco de alegría al enterarse de la carta anterior.

Aplicó al cofrade Juan docena y media de abrazos que por poco le ahogan, empezó á brincar y á saltar como un corzo, rompió dos sillas viejas á puntillones, y exclamó en el acceso de aquel dichoso delirio:

—¡Dios es justo!

Se volvió hácia su camarada y le dijo:

—Alégrate, pobre hombre... De esta hecha salimos de apuros para siempre.

El camarada Juan bajó la cabeza con aire reflexivo. Despues de un ligero intervalo de silencio replicó:

—¡Hum!... no me fio yo del tal general... Aquí hay gato encerrado.

Suspiró y añadió con voz triste:

—No sé, chico, no sé... pero abrigo el fatal presentimiento de que ese hombre nos va á obsequiar con una decente paliza.

Se vistieron, se acicalaron, se pusieron de camisa limpia, lo cual no les ofreció la más pequeña dificultad, gracias á la adorable industria de los cuellos Desiderios, y ataviados convenientemente se encaminaron hácia el palacio del general.

Hallaron á nuestro D. Tomás arrellanado sobre un ancho sillón de terciopelo rojo, saboreando un delicioso veguero y llevando á sus

labios de tiempo en tiempo una copa de cristal tallado, en la que centelleaba el *Curazao* más esquisito de la preciosa antilla. Aquel día no tenía cara de vinagre. La gota, el reuma y todos los alifafes se habían concertado para no turbar su alegría. En cambio tenía en la mano un grueso bastón de bambú lleno de nudos, y con un puño de plata de media libra de peso.

Juan Tenaza palideció al ver aquel bastón. Le recordaba el de su tío el cura, y sentía en la cabeza cierto malestar desconocido.

D. Tomás se levantó al verles entrar, les hizo seña para que se acercáran y les tendió la mano con infinita benevolencia.

Juan Tenaza no se las tenía todas consigo; de tiempo en tiempo y sin quitar ojo del militar, decía á su amigo en voz muy baja:

—¡Cuando te digo que aquí hay gato encerrado!

Y otra vez añadió:

—Este elefante ha sido muy fuerte en eso que llaman guerra de guerrillas... Dios quiera que no nos haya preparado una emboscada.

El general les ofreció un habano y exclamó jovialmente:

—Señores, tengo que pedir á Vds. perdon de una grave ofensa. Ayer estaba de mal humor, y lo confieso, me parecieron Vds. dos bribones. Buen ratito pasé.

Apuró de un trago su copa de *Curazao* y prosiguió diciendo:

—Me arrepiento de mi error, y en prueba de ello van Vds. á juzgar.

Diciendo esto se levantó y les suplicó tuvieran la bondad de permitirle salir dos minutos del salón.

Quedaron solos los dos amigos.

Juan Tenaza se puso blanco, amarillo y colorado, y dijo á su camarada:

—Chico, chico, aquí estamos mal. Ojo al Cristo. Siento en las costillas cierto hormigueo extraño. El general tiene un bastón que parece la clava de Hércules.

Aquella vez fué Alejo quien contestó:

—No, lo que es yo, no me voy.

Y levantó la cabeza con arrogancia. Tenía el valor del amor primero.

En aquel instante se presentó el general.



Traía de la mano á las dos Lauras, á la hija y á la doncella.

Alejo y la rubia cambiaron sobre la marcha una hechicera mirada.

—Señor Buscon de la Solapa, — exclamó D. Tomás con cierta gravedad ridícula; — concedo á Vd. la mano de mi única hija.

Y se la presentó con un gracioso ademan.

Juan y Alejo se estremecieron de pies á cabeza.

— ¡ Su hija de Vd. ! — balbuceó Tenaza, tambaleándose como un hombre ébrio.

— Si señor... esta es; — dijo el general, tomando de la mano á su verdadera hija.

Los dos camaradas se miraron en silencio con profundo espanto.

(Se concluirá.)

#### ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

##### PRIMER LADO.—DIBUJOS.

Núm. 1. Esquina de pañuelo, bórdase á plumetis y punto de sable sobre batista, por dentro de un dobladillo que se guarnece con un encaje. Un entredós de Valenciennes forma guirnalda todo alrededor del pañuelo, figurando un gran lazo en cada esquina.

Núm. 2. Otra punta de pañuelo bordada sobre batista, por dentro del dobladillo.

Núm. 3. Escudo para este pañuelo.

Núms. 4 y 5. Juego de cuello y puños en tela doble, bordado con algodón blanco y negro.

Núm. 6. Mitad de un cuello en muselina, bordado á plumetis y feston.

Núms. 7 y 8. Cuello y paño de muselina á plieguecitos, bordados con trencilla que enlazándose vá formando ondulaciones, sujeta á la tela por un respunte á cada lado.

Núm. 9. Cuello para luto en crespon negro bordado á plumetis, una tela doble irá formando los dientes del feston.

Núm. 10. Entredós para el puño de la manga, parecido al cuello anterior.

Núms. 11 y 12. Cuello marinero de percal doble, bordado con algodón blanco y negro.

Núm. 13. Puño correspondiente á este cuello.

Núm. 14. Corbata en aplicacion, imitacion de encaje.

Núm. 15. Fondo de una gorra para niño, bordada á la inglesa y á feston.

Núm. 16.

Núm. 17. Modelo de la gorra ya concluida.

Núm. 18. Otro fondo para gorra de bautizo.

Núm. 19. Modelo de una gorra para niña de 5 á 6 años; fórmase de entredós y bullo-nes de muselina.

Núm. 20. Modelo de un delantal de niño con escote cuadrado.

Núm. 21. Modelo de una manga correspondiente al puño núm. 10.

Núm. 22. Modelo de un cuello inglés para señora, con corbata de encaje.

Núms. 23 al 27. Nombres y cifras para pañuelos.

En este pliego vá tambien un abecedario completo.

Núm. 29. Entredós para confecciones diversas.

Núm. 30. Entredós para peinador, falda ó camisolas, mezcla de plumetis y soutaché.

##### SEGUNDO LADO.—PATRON DE PALETOT PARA NIÑA DE SIETE AÑOS.

Se compone de un delantero (*devant*), de una espalda (*dos*) y de una manga (*manche*). Se guarnece en el bajo con una cinta de pasamanería formando greca.

Este paletot es el mismo que se halla representado en el grabado de confecciones que repartimos el mes de octubre, señalado con el número 4.

#### ADVERTENCIA.

*Con este número repartimos á nuestros suscritores de la edicion completa el primer pedazo de una pantalla que se compone de cuatro partes iguales, y que continuaremos dando en los números sucesivos hasta que la tengan completa.*

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Preti de los Consejos, 3, principal.